

EL PODER DEL SÍMBOLO EN LA CHILENIZACIÓN DE TARAPACÁ. VIOLENCIA Y NACIONALISMO ENTRE 1907 Y 1950.

* Sociólogo. Universidad
Arturo Prat. Correo
electrónico: sergio.gonzalez
@unap.cl.

Sergio González Miranda*

Este artículo analiza la importancia de los símbolos patrióticos en la chilenización de Tarapacá, particularmente la simbología usada por las Ligas Patrióticas y la escuela fiscal en la pampa salitrera.

El autor explora los contenidos de violencia que esos símbolos contienen y sus consecuentes efectos discriminatorios, especialmente hacia los tarapaqueños de origen peruano. Esta simbología ha generado de parte tanto del Estado como de la propia sociedad civil chilena (Ej: obreros del salitre), represión, violencia y discriminación hacia grupos regionales específicos.

El autor pone particular atención a la simbología patriótica en el curriculum escolar, tanto dentro como fuera del aula, a modo de curriculum oculto, y analiza sus efectos en el cambio cultural de la población regional.

Palabras claves: Nacionalismo - Violencia - Historia.

This article analyses the importance of patriotic symbols in the chilenization of Tarapacá, particularly, the symbology used in the government-owned school and Ligas Patrióticas in the nitrate field.

The author explores the contents of violence that such symbols contain and the subsequent discriminatory effects, especially for the people of Peruvian origin; Since the symbology has been part of the state, as well as the Chilean civil societies (ej: nitrate workers) repression, violence and discrimination towards specific regional groups.

The author pays particular attention to patriotic, symbology in the schools curriculum both inside and outside the classroom in the form a hidden curriculum and analyses their effects on the cultural change of regional population.

Key words: Nationalism - Violence - History.

El haber crecido viendo en el colegio bandas de guerra compuestas por jóvenes y niños, especialmente aquellas que pertenecían a las distintas ramas de las fuerzas armadas, como la banda “los Cóndores” de los aviáticos, la “Hernán Trizano” de carabineros, la “Carlos Condell” de los marinos, me dificultó, observar algún mensaje cuestionable en esos símbolos y actos patrióticos. Más aún cuando dichas bandas eran muy populares, especialmente la de “los Cóndores”, que era de guerra y cuyos escuadrones de jóvenes desfilaban con viejos fusiles. En la Hernán Trizano se desfilaba con “báculos”, semejantes a las lanzas tan famosas de los lanceros de comienzos de siglo. ¿Qué origen tienen en Tarapacá dichas manifestaciones para-militares?

El disciplinamiento del cuerpo y la simbología militar datan de muy antiguo (Foucault 1982) lo importante aquí es observar sus efectos en las relaciones sociales de la sociedad civil regional. Recordemos que Tarapacá quedó en posesión de Chile después de la guerra del Pacífico, cuya soberanía fue ratificada por el Tratado de Ancón de 1883, a pesar que desde la perspectiva peruana siguió siendo una “región cautiva” como Arica y Tacna (Palacios; 1974).

Por esta situación post-bélica y por el hecho de ser región-frontera, el tema del nacionalismo en Tarapacá pasa a ser prioritario en las relaciones sociales intra e intergrupos regionales. Si observamos los censos de 1887 y de 1907, la complejidad étnica y de nacionalidades en Tarapacá es evidente. Los informes del Jefe Político, Patricio Lynch, dejan en claro en dominio de tres nacionalidades en la provincia: chilena, boliviana y peruana, en ese orden. Precisamente las nacionalidades en pugna durante la guerra (González; 1990), por tanto, la pregunta es ¿cómo pudo afectar a esas relaciones interétnicas e internacionalidades -al interior de la región- el proceso compulsivo de chilenización en Tarapacá?

Pero es necesario responder primero la pregunta: ¿Cuál es el origen de dicho proceso en Chile? Según la historiadora Verónica Valdivia:

“el predominio de las tendencias racionalistas y universalizantes generadas a partir del siglo XVIII, comenzó a ser cuestionado por el Romanticismo a mediados del siglo XIX. El reinado de la razón dio lugar al surgimiento de una corriente de pensamiento que, contrariamente, exaltó valores opuestos a ese racionalismo poniendo énfasis en la importancia de lo particular y reivindicó los “derechos de la fantasía” y del sentimiento. En términos

políticos, esto se tradujo en una exaltación de la idea de nación, la cual pasó a representar la `singularidad de cada pueblo, respecto a sus tradiciones, celosa custodia de las particularidades de su carácter nacional`. La nación se volvió, así, un hecho espiritual simbolizando el `alma` de los pueblos, la cual provenía tanto de factores naturales o materiales como de valores tradicionales y ancestrales. Las raíces de esa alma debían ser buscadas en el pasado, período en el que los hombres habían sido libres y felices, pero no sólo con un sentido de nostalgia sino con el deseo de recuperar esa gloria pretérita para el porvenir. La nación antes solamente `sentida, ahora será también querida`. Esa aspiración de futuro transformó a la idea de nación de sentimiento en voluntad, en el sentido que dejó de ser puro recuerdo para convertirse en norma para el porvenir. Voluntad en `cada pueblo, es decir, conciencia de lo que se quiere.

Este movimiento, surgido en la Europa decimonónica, sobrepasó sus márgenes continentales apareciendo en otros lugares del mundo, en los cuales se volvió también fuerza creadora. En ese contexto, el nacionalismo, entendido como expresión espiritual y actitud voluntarista, y por tanto creacional, pasó a estructurar proyectos alternativos y críticos al orden vigente, que sentarían las bases para una nueva sociedad, recogiendo la “conciencia de los pueblos”.

En el caso de Chile, en particular, el nacionalismo fue durante el siglo XIX un mecanismo legitimador del ideario liberal-republicano sus tentado por la élite dirigente, sirviendo como elemento integrador de la sociedad. La creación de instituciones, de símbolos y de tareas nacionales contribuyó a asentar el sentido de nación y a desarrollar un espíritu de pertenencia” (Valdivia; 1995: 5).

Esta larga cita de la autora que le sirvió para explicar la raíces de los movimientos nacionalistas en Chile (los cuales, a pesar de tener importantes momentos de auge, fueron política y socialmente marginales en la sociedad chilena), sirve también para explicaren parte el substrato nacionalista que existe en la sociedad chilena, y atraviesa a todos sus estratos sociales.

Efectivamente, la construcción social “de la patria” apeló más al pathos que al ethos, y dicha construcción social debió por lo mismo recurrir a sentimientos, emociones, motivaciones, voluntades y símbolos que posibilitaran una socialización del pueblo chileno a lo largo de todo su territorio.

Llama la atención lo temprana de esa toma de conciencia en el bajo pueblo de la necesidad de esa construcción social de “patria”. Un ejemplo de ello son precisamente los peones chilenos en las guaneras y salitreras de Tarapacá y Antofagasta (Pinto y Valdivia; 1994).

¿Por qué la región salitrera tuvo una particular importancia dentro del fenómeno de chilenización del país?

Según Harold Blakemore, “fue la guerra del salitre la que también hizo madurar el sentido de nacionalismo que se venía gestando en Chile por largo tiempo, y la convicción de que Chile, con su distintivo sistema constitucional y político, era superior a todos sus vecinos en casi todas sus virtudes que constituyen la existencia y el reconocimiento del Estado. Más aún, la adquisición de la región salitrera dotó a Chile de un recurso natural del cual tuvo entonces un virtual monopolio mundial, que por cuarenta años aportó aproximadamente la mitad de los ingresos públicos...” “...el impacto dominante de este recurso, a la vez positivo y negativo, para la Historia futura de la República, fue tal, que Mamalakis (Markos) no vacila en señalar que el ‘boom del salitre fue casi tan significativo como el logro de la independencia’. Y pocos estarían en desacuerdo. Pues, no fue tan sólo el hecho, importante en sí, de que el gobierno pasara a depender en una manera tan extraordinaria de ese recurso: fue también la significación de que, durante casi la totalidad del ciclo salitrero, la industria del desierto fuese mayoritariamente controlada por factores de producción y comercialización extranjeros -propiedad de los yacimientos, tecnología y capital para su explotación, medios para transportarlo desde la fuente al mercado, creando así el clásico ejemplo de dominación extranjera de un sector exportador en un país latinoamericano” (Blakemore; 1991: 15).

Sin embargo, como lo hemos demostrado en otra parte, entre 1890 y 1907 prevaleció entre chilenos, bolivianos y peruanos una solidaridad de clase que estuvo por sobre las contingencias y diferencias de origen étnico o nacional (González; 1990b). Durante ese período fue notoria la ausencia del Estado chileno, entendido como aparato fiscal e ideológico y, por lo mismo, el predominio de patrones salitreros de origen europeo. Posiblemente el acto más simbólico de unidad de clase de un movimiento obrero internacionalista fue la negativa de los obreros peruanos y bolivianos -a sus respectivos cónsules- de abandonar la escuela Santa María de Iquique, momentos previos a la matanza del 21 de diciembre de 1907 (Devés; 1988).

Quizás fue el último símbolo internacionalista a nivel del pueblo, puesto que después de 1907 al intervenir del Estado chileno en forma sistemática en busca de la soberanía no consolidada en Tarapacá entre 1880 y 1907, desplegará el nacionalismo sus banderas y símbolos patrios para disciplinar a todo el cuerpo social, y homogeneizar culturalmente según las virtudes y defectos del carácter del chileno.

Sobre el por qué Chile “abandona” su política nacionalista en Tarapacá y Antofagasta después de la revolución del 1891, existe una importante controversia, por un lado Ramírez Necochea (1959) y otros, señalan que con la revolución de 1891 Chile habría abandonado una política nacionalista respecto del norte salitrero, observación que apunta fundamentalmente a lo económico pero que no excluye lo político. La tesis contraria sustentada por Harold Blakemore, plantea que dicho abandono no es tal, pues el gobierno de Chile en los hechos nunca pretendió una política nacionalizadora de la región salitrera, dando por prueba una revisión de los datos de Billinghamurst (1989) sobre la propiedad salitrera y el desarrollo económico logrado por Chile en el período. Sin embargo, es necesario aclarar que esta tesis sólo se plantea en el plano económico y no el político o ideológico. Olvida especialmente la propuesta modernizadora o civilizadora de Balmaceda (Jocelyn-Holt 1993), de tipo sarmientino (Ossandón 1992) que efectivamente se trató de implementar en un Tarapacá supuestamente bárbaro, cholo o indígena.

De todos modos, ambas tesis apuntan, sea renuncia consciente o no, hacia un abandono de parte del Estado chileno -que coincide con el Régimen parlamentario- del territorio salitrero, dejando en manos de los empresarios del salitre las principales decisiones económicas y políticas de la provincia. Sin embargo, hacia comienzos del siglo XX se perciben los primeros cuestionamientos a ese “abandono”, resurgiendo propuestas nacionalistas que se confunden con reivindicaciones sociales

Llama la atención que precisamente hacia comienzos de este siglo (re)surgan las primeras voces nacionalistas con un discurso que involucra a la cuestión social, Enrique Mac Iver (1900), Nicolás Palacios (1904), Tancredo Pinochet (1909), Alejandro Venegas (1910), Francisco A. Encina (1912) o el propio Luis E. Recabarren (1910), apelan a la patria, de un modo u otro, para discutir el problema social como problema nacional. Estos discursos no son ajenos a la decadencia de la República Parlamentaria, que permitió el tipo de explotación-rentista del salitre en Tarapacá y Antofagasta. Al confundirse

la cuestión social con la cuestión nacional en Tarapacá, el nacionalismo y el símbolo patrio encuentran en lugar más propicio para asentarse en la sociedad civil tarapaqueña. Entre los primeros efectos fue la desaparición de las mancomunales (1910), el principal movimiento obrero internacionalista de la época, el reemplazo de los curas peruanos, y los primeros tarapaqueños (de origen peruano) expulsados por las Ligas Patrióticas (1909). La violencia de la rápida chilenización en este período llevó al gobierno del Perú a romper relaciones diplomáticas con Chile en marzo de 1910, el motivo específico fue la expulsión de los curas peruanos de Arica y Tacna.

Muchos compiten los créditos de la soberanía nacional de estos territorios, por supuesto los militares primero, sería ocioso señalar datos al respecto. Un personaje del escritor iquiqueño Luis González Zenteno de su libro Caliche, “don Patria”, viejo trabajador salitrero, miembro del movimiento obrero de la época, reivindica para los “peones que pasaron a soldados y -después de la guerra- a obreros del salitre”, el haber ganado para Chile estos territorios llenos de patronos extranjeros. Argumento muy utilizado en la literatura y periodismo obreros cuando se trata de discutir los derechos sobre las riquezas de la región (frente a los patronos extranjeros)⁽¹⁾ y el derecho al trabajo (frente a los obreros enganchados desde los países vecinos).

Conocida fue la actitud -casi racista- del movimiento obrero chileno contra los enganches bolivianos en los momentos de crisis y, peor aún, en los momentos de huelga. según testimonios, le ponían “polleras” a los crumiros bolivianos. Los aymaras de los valles altos y del altiplano difícilmente “se ganaban” derecho de “ser chilenos” en los campamentos de la pampa, eran simplemente bolivianos para el obrero venido del sur.

Esta discriminación intra-obrera, podría explicarse en la dirección señalada por Michel Foucault, al plantear “lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir.” De ese modo, entonces, quienes están en el “campo del poder simbólico”, pueden generar discursos “normalizadores”, es decir de control social, al hacer creer a los usuarios del discurso que “forman parte del argumento”. En el caso de los chilenos en Tarapacá (y por cierto en Antofagasta, Arica y Tacna) internalizan el discurso patriótico como algo

(1) En el diario “El defensor” de Iquique, del 15 de noviembre de 1902, se publica un artículo titulado “La chilenización de Tarapacá”, referido a un proyecto de Ley presentado por el diputado Sánchez Masenlli, en un de los párrafos del artículo se dice “¿cómo se quiere chilenizar las salitreras con Intendentes ingleses, con jueces ingleses, con alcaldes ingleses, con diarios subvencionados por los ingleses, y con delegados fiscales que, en llegando aquí, se ponen al servicio de los ingleses?”

que los homogeniza respecto de un ideal común (pero que los separa de sus pares de clase de nacionalidad peruana y/o boliviana) y, por lo mismo, los “normaliza”, permitiendo que los agentes que dominan el campo simbólico puedan controlarlos.⁽²⁾

(2) “En cierto sentido, la fuerza de la normalización impone la homogeneidad; pero individualiza al hacer posible la medida de las separaciones, la determinación de los niveles, la fijación de las especialidades y el logro que las diferencias sean útiles, al ajustarlas mutuamente. Es fácil comprender cómo funciona la fuerza de la norma en un sistema de igualdad formal, dado que, dentro de la homogeneidad que es la regla, la norma introduce, como imperativo útil y como resultado de la medida, todos los matices de las diferencias individuales” (Foucault; 1982: 189).

Es por ello, que el obrero chileno asimila el autoritarismo y la violencia del nacionalismo a-pesar que va en directa contradicción con sus ideas internacionalistas y de clase. Para Bernstein el “control simbólico traduce las relaciones de poder a discurso y el discurso a relaciones de poder”, de ese modo se entrecruza lo que racionalmente aparece como incompatible, especialmente cuando además la simbología del discurso esta cargada de emociones.

A modo de ejemplo, algunos fragmentos de la composición premiada en el concurso del Diario El Pueblo de Iquique sobre el 18 de septiembre, publicado ese mismo día, refleja esa contradicción vital de un pampino entre la perspectiva mancomunal internacionalista y la perspectiva nacionalista.

“...la idea patria envuelve entonces una idea egoísta y limitada.

Los pueblos más patriotas han sido y son los más inhumanos, han sido y son una rémora, un obstáculo para la confraternidad universal.

El patriotismo salva a pueblos, pero fracciona a la humanidad; significa odio y guerra: el odio nos hace egoístas y la guerra nos hace feroces.

Odio la guerra porque es el dragón que asola los campos y saquea las ciudades, el rayo que siembra espanto y la muerte. La guerra es enemiga de las artes y de la ciencia; sólo tiene una fórmula: vencer haciendo todo el daño posible y evitando el propio; sólo tiene un todo, el rojo, y una nota, la del bronce...” “...El patriotismo, para mi, es un sentimiento que decaerá, porque el regionalismo de los pueblos tiende a desaparecer en virtud de una ley de aproximación de los hombres. Presiento, pues, el día en que los pueblos serán uno, en tanto que los gobiernos serán varios...”

“...Pero, a pesar de esas reflexiones, de esta opinión que tengo de la guerra y la patria, siento en este instante algo sobrenatural, como un involuntario entusiasmo que me invade y que me arrastra a compartir de alegría popular.

Y todos los ruidos que oigo, como la voz humana confundida con la del bronce, el ronco murmullo de los tambores mezclada con el estruendo de las bandas militares, me causa un vértigo indescriptible, deslumbrador, delicioso...

Me hallo sugestionado, y, recobrando mi corazón patriota, vuelvo a ser uno de esos locos que, al toque de la diana, son capaces de escalar una muralla enemiga o saltar una trinchera!

Soy de aquellos que, en los momentos angustiosos de la patria, marchan de frente al sacrificio, empuñando una bandera...”

Esta evidente confusión del poeta obrero, podría explicarse en la dirección señalada por Basil Bernstein, pues existen agencias y agentes que dominan el campo del control simbólico en una sociedad, y que se especializan en códigos discursivos, no necesariamente tienen una misma ideología. En el mundo obrero salitrero podrían ser los dirigentes sociales y políticos, los maestros especializados en determinadas faenas del proceso productivo, los caporales de las cofradías religiosas, los profesores de las filarmónicas, los maestros de escuelas, los mercachifles (vendedores), los directores de teatro obrero, los curas de los pueblos, los tipógrafos, etc., incluso los policías, y por cierto, los poetas populares.

Para Bernstein, este campo, probablemente, está constituido por posiciones opuestas dependiendo de su relativa autonomía con respecto al campo del Estado (Bernstein 1993). Por tanto, el símbolo patrio al apelar a la emoción cruza a todos los grupos sociales y llena de contenido afectivo a diversos discursos, incluso contradictorios.

Sin embargo, los símbolos patrióticos se transformaron en símbolos políticos, como la cruz de alquitrán dibujada en la puerta de la casa de un “cholo” con el propósito de expulsarlo durante el auge de las Ligas Patrióticas⁽³⁾ entre 1909-1925, luego se convirtió en la cruz acusadora de los obreros y dirigentes comunistas y socialistas durante el gobierno de González Videla. Muy distinta, por cierto, a la “cruz de mayo” clavada en el cerro más cercano de cada pueblo, donde todos peregrinaban sin distinción de etnia o nacionalidad.

Posiblemente el gran símbolo de unidad pluriétnica ha sido la fiesta de La Tirana, la cual hasta 1905 se celebró indistintamente, un año cada nacionalidad, un 28 de julio (peruanos), un 6 de agosto (bolivianos) y un 16 de julio (chilenos).

Los símbolos patrios que acompañaron a la chilenización de Tarapacá fueron elaborados en y desde varios aparatos ideológicos estatales y no-estatales, tales como la escuela, la iglesia, la masonería, organizaciones

(3) Para el caso de Tacna, se organizó un grupo de chilenizadores violentos denominados “los mazorqueros”.

para-militares como las ligas patrióticas, clubes sociales, las reparticiones públicas, las fuerzas armadas, partidos y movimientos sociales y políticos, etc. Lo interesante del fenómeno es justamente su amplitud, pues el proceso de ideologización-chilenizadora fue tanto desde la sociedad civil como desde el Estado. Y todos los símbolos y acciones tuvieron un alto contenido de violencia y autoritarismo.

Posiblemente los orígenes filosóficos de los distintos aparatos ideológicos que operaron en Tarapacá a comienzos de siglo fueron diferentes incluso opuestos, pero todos parecen compartir justamente un contenido patriótico básico sustentado en un Estado-Nación ya construido con anterioridad en Chile. Por ejemplo, diferente fue la motivación sarmientina de civilización y barbarie, que pretendió traer la “modernidad” chilena a estas tierras bárbaras a través de la escuela (violencia simbólica), que la motivación decimonónica del militarismo de las Ligas Patrióticas (violencia física). No fue lo mismo el patriotismo del movimiento obrero salitrero, mayoritariamente anticlerical, que el patriotismo de los curas diocesanos chilenos.

En regiones-frontera, como Tarapacá después de 1907, el Estado puede caracterizarse como un agente supranacional con aparatos ideológicos (Althusser 1977), que tienen por misión disminuir la autonomía relativa de las relaciones simbólicas respecto de las relaciones de poder. De hecho en el mundo obrero salitrero, especialmente a partir de 1912 cuando se funda y consolida el primer partido obrero de carácter nacional (Partido Obrero Socialista), su discurso obrerista toma un contenido nacionalista. Sin embargo, la violencia de las Ligas Patrióticas no fue aceptada por los dirigentes obreros, una muestra es la denuncia del propio Recabarren en diario “El Grito Popular” de Iquique del 2 de junio de 1911, donde señala que el Partido Balmacedista creó a las ligas patrióticas, las que son a la vez responsables del “terror patriótico” y de intentar dividir a la clase obrera. Muy pronto esta organización para-militar utilizará un claro lenguaje anti-socialista y comunista.

Pero la autonomía relativa del movimiento obrero respecto del Estado y de los demás grupos de la sociedad civil disminuye en los momentos de crisis y de conflicto. Por ejemplo, en 1918, quizás el año más violento para los tarapaqueños de origen peruano por los efectos de la crisis económica internacional, se realizó un acto masivo en Pisagua a propósito del aniversario de la toma de ese puerto por las armas chilenas, aprovechándose la oportunidad

para importunar a los “peruanos”, según relata El Mercurio de Santiago, del 3 de noviembre del año en referencia.

Si bien, tanto para Bernstein (1974) como para Bourdieu (1977), son factores de clase los que regulan las formas de transmisión cultural, los obreros del salitre a pesar de su avanzado grado de organización social y laboral, no fueron plenamente conscientes antes de 1907 que el Estado Nacional expresaba con su discurso relaciones de clase. De hecho, el recurrir constantemente al Estado y esperar de él respuestas positivas a sus reivindicaciones respecto de sus “patrones extranjeros”, fue una demostración de esa confusión⁽⁴⁾. El discurso nacional oculta los factores de clase, especialmente en las regiones-frontera, justamente al apelar a los símbolos patrios.

(4) Un claro ejemplo de ello fueron los Memoriales Obreros presentados al presidente Germán Riesco en 1904 y las visitas parlamentarias de 1904 y 1913.

Es más, la discriminación hacia la población de origen peruano no sólo fue desde la sociedad civil, sino también fue notoria en la acción estatal, particularmente a través de las obras públicas que perjudicaron, por ejemplo, al oasis de Pica y los valles aledaños de Quisma y Matilla (Castro; 1995).

(5) Para el caso tacneño, especialmente sobre la acción de la escuela chilena y su impacto en los niños peruanos de la época (Basadre; 1959).

Hoy uno se puede preguntar ¿cómo las familias -tanto de tarapaqueños expulsados como de quienes se quedaron a pesar del hostigamiento-pudieron vivir con el peso de la discriminación y de una simbología patria permeando hasta el último rincón de su vida cotidiana?⁽⁵⁾. Los miles de tarapaqueños expulsados, partieron con la mente llena de los símbolos levantados por quienes desfilaban con uniformes en las marchas de las Ligas Patrióticas (González, Maldonado, y Mc Gee 1994) y de los símbolos e insultos de los pasquines editados ad hoc, como “El Corvo”, “El Chileno”, “El Roto Chileno”, “El Eco Patrio”, “El Ajicito”, “La Liga Patriótica”, “El Lucas Gómez”, entre otros.

Un “aparato ideológico” muy efectivo para la chilenización de Tarapacá fue, sin dudas, la escuela fiscal, “la sociedad (chilena) se espantó de la miseria y de la criminalidad y se llenó de temor. Y se levantó el discurso de la decadencia y degeneración de la raza y de la pérdida de la nacionalidad. Se dictó la ley del Servicio Militar Obligatorio (el primer país de todas las Américas, en 1900) y algunas mentes más lúcidas y más progresistas se fijaron en la escuela como solución histórica. Era urgente estimular y desarrollarla educación pública” (Illanes; 1991) Sin embargo:

“bajo la influencia alemana, la escuela chilena se remodeló en términos de autoritarismo, formalismo y exacerbado nacionalismo. Se dio fuerte importancia a la gimnasia y a los ejercicios pre-militares. Incluso se introdujo la práctica del tiro

escolar. Ejército y escuela convergían como instrumentos distintos para el cumplimiento de un propósito superior de moldear a la población en un sentido de patriotismo, disciplina y virtudes bélicas” (Núñez, 1983).

(6) A pesar que es necesario reconocer los esfuerzos realizado por los Jefes Políticos designados en Tarapacá, especialmente Patricio Lynch y Francisco Valdés Vergara, por convencer a las autoridades centrales de la necesidad de escuelas en la provincia. El siguiente es un breve fragmento de una carta enviada por Lynch al entonces Ministro de Instrucción pública, el 17 de Julio de 1880: “... Considero que por ahora se hace necesario la apertura de cuatro escuelas: una de hombres i una de mujeres en Iquique, una alternada en Pisagua i otra de la misma clase en La Noria. Fuera de lugar me parece hacer presente a Us.. al proponer esta medida, la conveniencia que envuelve su adopción para hacer simpática nuestra ocupación militar a la masa del pueblo. Es en la escuela pública de instrucción primaria donde deben naturalmente acercarse i entenderse los elementos de nacionalidades diversas que forman la gran mayoría de las poblaciones de este territorio. Y es allí también donde concluirán por chilenizarse los criollos de estas poblaciones.”

Esta escuela pública se instaló en la pampa desde inicios de siglo y en valles de precordillera a partir de la década de 1930⁽⁶⁾, ambos espacios con mucha presencia de “población tarapaqueña de origen peruano y boliviano”. Esta escuela marcará un cambio cultural en la región, desde la llegada de los “alfabetizadores” (comienzos de siglo) encargados de enseñar a leer y escribir rápidamente a la población chilena que pudiera votar en el esperado y siempre postergado Plebiscito por Arica-Tacna, hasta la formación de los maestros “chilenizadores” en la Escuela Normal de Antofagasta, entre 1946 a 1950, en un curso especial para desempeñarse en las zonas “fronterizas” de Tarapacá y Antofagasta.

Hasta la más alejada y pequeña escuela unidocente rural en Tarapacá, tenía por orgullo organizar cada lunes un acto cívico, y en cada fecha patriótica una fiesta escolar.

En los Planes y Programas de Estudio para la Educación Primaria, editado por el Ministerio de Educación Pública en marzo de 1949, se señalan los conceptos de ciencias sociales más utilizados en la enseñanza: espacio, tiempo, interdependencia, evolución, democracia y patria. Con respecto de este último concepto se señala: “En el I, II y III años, el concepto de Patria se adquiere esencialmente por la vía emocional. Su significado se hace concreto con el conocimiento de los símbolos y emblemas patrios -banderas, escudos, himnos nacionales, historia de vida de los héroes-yen la participación de los alumnos en la celebración de las festividades patrias establecidas en el calendario anual de la República.

En el IV, V y VI años, la Patria agrega a esta base emocional el conocimiento objetivo del país en sus diferentes aspectos, la historia y tradición nacionales y se hace consciente la importancia que tiene el ser ciudadano y miembro integrante de una comunidad nacional que lucha por superiores ideales de vida.

La celebración de las fiestas patrias y cívicas debe promover un espíritu de elevado patriotismo con la participación en ellas, no sólo de los alumnos sino también de las diferentes organizaciones de la escuela y de la comunidad.”

(7) Llama la atención que el cierre del tradicional carnaval de Mamiña sea con la “canción de Yungay”, la cual no tiene ninguna explicación o sentido cultural en dicha festividad, pero quizás sea un símbolo más de la chilenización de un valle andino.

Los símbolos patrios más característicos en la Historia de la Educación chilena son: la bandera y canción nacionales, el escudo nacional y la canción de Yungay⁽⁷⁾. La pampa salitrera fue fértil espacio para la consolidación de una identidad nacional basada en dichos símbolos.

A modo de ejemplo, tenemos lo sucedido en la Oficina Alianza entre el lunes 14 y viernes 18 de septiembre de 1953.

Escribe en el libro de clases el director de la escuela de la Oficina Alianza, señor L. Cervantes.

“Durante la semana se desarrolló en todas sus partes el Programa de la semana de la Patria, el 17 empezaron los festejos oficiales con el izamiento de la bandera a las 12 horas, con los honores de rigor y asistencia de carabineros y alumnos, padres y población.

A las 21 horas se dio comienzo a la velada patriótica, el teatro se hizo pequeño para contener la asistencia de espectadores, obteniéndose un éxito cultural y financiero (total recaudado en la velada 4.552 pesos); el 18 a las 10,42 horas se dio comienzo al desfile, encabezado por la banda, siguiendo el personal y alumnado y por último, la Brigada de Boys Scout con su respectiva banda, hizo uso de la palabra el comandante de la Brigada Sr. Luis Gavilán, cuyo hermoso discurso fue muy aplaudido. Por la tarde hubo deportes y juegos populares en los que tomaron parte los diversos clubes. El día 19 siguió el programa de juegos deportivos, terminando a las 18 horas con un lucido concurso de cuecas”.

No era diferente a la pampa salitrera lo que sucedía con las escuelas de los valles precordilleranos, quizás incluso más exacerbados los contenidos patrióticos de los símbolos y actos cívicos. Por ejemplo, el 21 de mayo de 1945 en la escuela de Pachica, se celebró con el siguiente Programa:

1. Embanderamiento y arreglo y adorno de la Escuela.
2. Formación de los alumnos y recorrido por el pueblo con la banda de músicos contratados especialmente en Usmagama.
3. Canción de Yungay.
4. Poesía “Soy chileno” por el alumno del 3° año Francisco García.
5. Disertación por el Director Señor Oscar Herrera E.
6. Canción Nacional cantada por el alumnado.
7. Poesía “Paula Jara Quemada” por la alumna del 3° año Brígida Ignacio.

8. Himno a Prat cantado por el alumnado.
9. Poesía “Arenga de Prat” cantada por el alumno Luis Mamani.
10. Melodías de América cantadas por el alumnado.
11. Poesía “Los colores nacionales” por el alumno Juan Miranda.
12. Himno de Yungay por el alumnado.

Pero no solamente en el acto cívico se expresa el símbolo autoritario, también dentro del aula están los códigos de la cultura dominante, tal como lo escribe la profesora Mónica Llaña Mena:

“...la infraestructura y la decoración de las escuelas son características. Existe una uniformidad de estructuras, de colores, distribución del espacio inconfundibles. Un ambiente que logra desarrollar un acatamiento a las normas, puesto que el orden, las rutinas, y su ritmo, la obediencia a pautas que los profesores establecen, se convierten en algo natural y obvio entre los que conviven en esas instituciones...” (Llaña; 1992).

De ese modo, los símbolos patrios y el discurso nacionalista se transforma también en curriculum, sea en el acto cívico de los lunes o en las fiestas patrias, sea en el aula a través del Programa de Ciencias Sociales o por medio de las opiniones personales del profesor. Este “curriculum oculto” será, en definitiva, para el niño pampino (y posteriormente para el niño aymara) la enseñanza que quede más arraigada en su personalidad.

Entender al período entre 1907 y 1950 en Tarapacá como de consolidación de la soberanía nacional, permite abordar aspectos de la acción del Estado y de la sociedad civil chilenos muy poco conocidos hasta ahora, especialmente en relación a la población tarapaqueña de origen peruano⁽⁸⁾ entre 1907 y 1929, así como en relación a la población boliviana y aymara entre 1930 y 1950, y permite responder a la pregunta sobre los efectos del proceso compulsivo de chilenización en Tarapacá en las relaciones interétnicas e internacionales en esta región-frontera.

(8) No puedo dejar de recordar que son miles los tarapaqueños expulsados y sus descendientes que aún permanecen en diversas ciudades del Perú, especialmente en la urbanización Tarapacá del Callao (ex-fundo La Chalaca comprado por el gobierno de Leguía para los refugiados venidos de Tarapacá), esperando por un “símbolo de reconciliación”.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis. Ideología y aparatos ideológicos del Estado” en Lenin and Philosophy, Ed. New Left Books; London, 1977.
- Basadre, Jorge. Infancia en Tacna Ed. Talleres Gráficos de P.L. Villanueva S.A.; Lima, 1959.
- Bernstein, Basil. Class, codes and control. Vol. 1, Ed. Rutledge and Kegan Paul; London, 1974.
- La estructura del discurso pedagógico. Ed. Morata; Madrid, 1993.
- Billinghurst, Guillermo. Los capitales salitreros de Tarapacá. Mimeo; Santiago, 1889.
- Bourdieu, P. y Passeron, J.C. Reproduction in Education, Society and culture. Ed. Sage; London, 1977.
- Blakemore, Harold. ¿Nacionalismo Frustrado? Chile y el salitre, 1870-1895. En Dos Estudios sobre Salitre y Política en Chile (1870-1895), Dpto. de Historia USACH; Santiago, 1991. pp.13-27.
- Castro, Luis. Tarapacá 1880-1936: debates, reflexiones, propuestas y proyectos en torno al problema del desarrollo. Taller de Estudios Andinos - TEA, 1995.
- Devés Valdés, Eduardo. Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907. Ed. Documentas, América Latina Libros y Nuestra América Ediciones; Santiago, 1988.
- Foucault, Michel. Vigilar y castigar Editorial Siglo XXI; Madrid, 1982.
- González Miranda, Sergio. Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo del salitre. Ed. Camanchaca; Iquique, 1990.
- “La identidad regional. El caso salitrero como ejemplar. Revista Diálogo Andino N° 9, Universidad de Tarapacá; Arica, 1990.
- González, Sergio; Maldonado, Carlos y Mc Gee, Sandra. Las Ligas Patrióticas: un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile. Canadian Review of Studies in Nationalism, Vol. XXI, N° 12, University of Prince Edward Island; Canada, 1994.
- Illanes, María Angélica. Ausente, Señorita. El niño chileno, la escuela-para-pobres y el auxilio. Chile, 1890-1990. JUNAEB; Santiago, 1991.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. La crisis de 1891: civilización moderna versus civilización desenfrenada”. En La Guerra Civil de 1891 Cien Años Hoy. Dpto. de Historia USACH; Santiago, 1993.

- Llaña Mena, Mónica. La escuela y sus códigos de autoridad. Revista de Educación N° 223; Santiago, 1992. p. 29.
- Núñez, Iván. Notas sobre educación y fuerzas armadas en Chile. PITE, Chile-América, Roma, N288-89; 1983.
- Ossandón B., Carlos. Sarmiento o la modernidad radical. Rev. Mapocho N° 31; Santiago, 1992. pp. 113-118.
- Palacios Rodríguez, Raúl. La chilenización de Tacna y Arica 1883-1929. Editorial Jurídica S.A.; Lima, 1974.
- Pinto, Julio y Valdivia, Verónica. Peones chilenos en tierras bolivianas: La presencia laboral chilena en Antofagasta 1840-1879; Población y Sociedad, diciembre. N22; 1994. pp. 103-132.
- Ramírez Necochea, Hernán. Historia del movimiento obrero en Chile. Ed. Antecedentes Siglo XIX; Santiago, 1959.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. El Nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952). Universidad Católica Blas Cañas, Serie de 3 investigaciones, N°3; Santiago, 1995.